

La ciudad en la Literatura del Siglo de Oro

Alicia CÁMARA

Universidad Nacional de Educación a Distancia

RESUMEN

Las descripciones de ciudades por los escritores de los siglos XVI y XVII seleccionan aspectos que se aproximan a la ciudad ideal formulada desde el renacimiento. La limpieza, las obras públicas y los grandes edificios, las plazas, la naturaleza en la ciudad, la antigüedad y la excelencia de sus habitantes, son algunos de los temas que tratan en sus libros.

Palabras clave: Urbanismo; Siglo de Oro; ciudad ideal; plaza mayor; Madrid; Toledo; Valladolid; Zaragoza; Sevilla; Denia; Medina del Campo; Jaén; Valencia; Cuenca; Granada; Málaga; Murcia; Salamanca.

The city in Golden Age Spanish Literature

ABSTRACT

The descriptions of cities by 16th and 17th-century writers select aspects that approximate those of the ideal city formulated since the Renaissance. Cleanliness, public works and great buildings, principal squares, nature in the city, the ancientness and excellence of the citizens are some of themes found in their books.

Key words: town planning; Golden Age; ideal city; main square; Madrid; Toledo; Valladolid; Zaragoza; Sevilla; Denia; Medina del Campo; Jaén; Valencia; Cuenca; Granada; Málaga; Murcia; Salamanca.

SUMARIO: *El adorno della limpieza. Las plazas y el buen gobierno. Los edificios, nuevos o viejos. Ciudad y naturaleza. Los ciudadanos*

*“Entró la puerta de la insigne villa
por un arco de mármol contrahecho...
Dieron vuelta al lugar fuerte y famoso,
pequeño, aunque de buenos edificios,
ancho de calles y de vista hermoso...”*
(Lope de Vega. *Fiestas de Denia*, Valencia, 1599)

Como si todos hubieran leído los tratados sobre arquitectura y ciudad del Renacimiento y del Barroco. Así se muestran los escritores del Siglo de Oro, aunque sea en géneros literarios tan distintos como los que llevaron a la fama a Lope de Vega o a Fray Luis de León. La misma idea de perfección urbana a la que intentan aproximarse las ciudades de la época con sus transformaciones, es la que preside las alabanzas que estos escritores hacen de las ciudades. Incluso en la pequeña villa de Denia veía Lope de Vega el arco triunfal efímero imitando el

mármol, los buenos edificios, las calles anchas y las hermosas perspectivas que caracterizan el urbanismo de la Edad Moderna, siendo paradójicamente el arco efímero lo más real de esta imagen urbana.

Los escritores pudieron hablar sin mentir de un urbanismo ideal, o mejor dicho, “teatral”. Bastaba seleccionar entre aquello que una ciudad ofrecía a la vista del visitante. Uno de los trabajos del profesor Julián Gállego menos citados, pero tan lúcido como todos los suyos fue el que dedicó al Madrid del siglo XVII con el título “El Madrid de los Austrias; un urbanismo de teatro”¹. El carácter escenográfico del urbanismo de la época se ponía de manifiesto en sus páginas, y esa idea del teatro urbano, que a veces esconde malas construcciones y suciedad engañando a la vista, es una de las más repetidas entre los escritores que en sus obras incorporaron descripciones urbanas. Con fuentes literarias, como las que tan frecuentemente utilizó el profesor Gállego, vamos a aproximarnos a la imagen que los coetáneos quisieron transmitir de las ciudades en las que situaron sus obras.

Los espacios urbanos fueron a menudo calificados de teatro, con la variedad de significados que la palabra llegó a tener². Se suele pensar que esa asociación nace con el barroco, y sin embargo en España, ya en el siglo XVI, una plaza como la de Valladolid era descrita como un teatro. Lo hace Damasio de Frías después de referirse a sus perfectas proporciones de 3/2, imperantes en las plazas de las nuevas ciudades fundadas por la monarquía tal como se refleja en las Ordenanzas de 1573 para las ciudades americanas. Enlaza este autor la geometría del urbanismo filipino con la escenografía que presidirá la percepción urbana del barroco, cuando escribe que “la plaza tiene tal proporción que siendo la tercia parte más larga que ancha, teniendo de ancho doscientos passos es tal y tan hermosa, que jamás se vio teatro qual ella”³. Una plaza en esta época es un verdadero teatro si seguimos a Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana o española* de 1611, cuando da el significado de “lugar a donde concurrían para ver los juegos y los espectáculos”, una de las funciones esenciales de las plazas mayores en el mundo hispánico.

La identificación entre lo bello y aquello que los habitantes de las ciudades podían ver en el teatro fue una constante y ha sido excelentemente estudiado para la pintura, siendo Julián Gállego uno de los autores que siempre hay que citar al respecto. Sin embargo, los escenarios urbanos no abundaban en el teatro español del Siglo de Oro, y tenían ese carácter fragmentario que se aprecia lo mismo en el Madrid que miró Gállego que en la calificación que se da de teatro a espacios concretos dentro de la ciudad. A veces los escritores se refirieron a toda la ciudad como un gran teatro, así que una ciudad como Jaén podía ser imaginada como un “teatro donde ganaron coronas muchos mártires”⁴. En esa ciudad de escenarios

¹ *Revista de Occidente*, nº 73. Madrid, 1969.

² Sobre los significados se puede ver A. Egido, *El gran teatro de Calderón. Personajes, temas, escenografía*. Kassel, 1995, pp. 12-22.

³ Damasio de Frías, “Diálogo en alabança de Valladolid”. En *Diálogos de diferentes materias*, c. 1579, Fol. 178vº y 179. BNE, Ms. 1172.

⁴ Gil González Dávila, *Teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas, y catedrales de los reynos de las dos Castillas...* Madrid, Francisco Martínez, 1645, p. 237

preparados para el espectáculo urbano, los escritores pusieron en valor una serie de cuestiones que se aproximan mucho a lo que, partiendo de Vitruvio, los tratadistas del Renacimiento consideraron que debía ser una ciudad perfecta.

Valoran los edificios, calles, plazas, antigüedad, ubicación, clima o naturaleza, pero también la excelencia de sus habitantes, refrendando así lo que en tratados como el archiconocido y traducido de Botero se sentenciaba siguiendo a san Agustín. Escribía Botero que “grandeza de ciudad se llama, no el espacio de sitio, o lo que rodean los muros, sino la muchedumbre de sus vecinos, y su poder”⁵. Años antes ya escritores como Cristóbal de Villalón recordaron que la ciudad era la más perfecta manera de vivir, “porque, como dize Aristóteles, bestia era el hombre antes que viniese a la congregación de la ciudad, quando andava por el campo”, siendo Caín el primero que fundó una ciudad⁶. El ya citado Damasio de Frías escribía que la ciudad era “una congregación de muchas familias”⁷. Bastan estos ejemplos, de entre los muchos que podríamos citar, para comprender que la idea de ciudad como suma de ciudadanos, estuvo tan extendida en los siglos XVI y XVII en España como lo estuvo la que se centra en edificios, murallas, calles, etc.

Un buen resumen, por lo breve, de lo que era digno de ser reseñable en una ciudad nos la da Martínez de la Vega cuando habla de Valencia, celebrada por todos” así por su fertilidad; variedad de flores, i frutos... grandeza de sitio; suntuosidad de edificios; i apazible influencia de los cielos; como por la agudeza; i variedad de ingenios de sus ijos”⁸. Varios de los aspectos más repetidos cualquiera que sea la ciudad de la que hablemos están aquí: la fertilidad de la tierra que se traduce en la integración de la naturaleza en la ciudad, la bondad del clima, la elección del sitio, los edificios suntuosos y la agudeza e ingenio de sus habitantes.

Faltaría en esta breve descripción la referencia a las obras públicas destinadas a la comodidad de los ciudadanos y la exaltación de la antigüedad de la ciudad, así como la protección de los santos, temas reiterados cualquiera que sea la ciudad de la que hablemos. En casos como el de la Zaragoza que describe González Dávila la protección de la Virgen y la presencia del papa Adriano VI se funden con la antigüedad clásica. El texto es el siguiente: “ilustre por averle dado su nombre el Emperador Augusto César, haziendo perpetua en ella su memoria... Illustrissima en antigüedad, en hermosura, y nobleza... San Isidoro dize, era en su tiempo la más hermosa de España. Lo mismo enseñan las Historias Romanas, Godas, y Árabes... con razón se le debe el renombre de LA SEGUNDA ROMA . Hase visto en ella dos vezes nuestra Señora... y para que nada le faltasse, tuvo algunos días en ella su Sede Apóstólica el santo Pontífice Adriano VI... lavó los pies a treze

⁵ Juan Botero, *Razón destado, con tres libros de la grandeza de las ciudades... traducido de Italiano en Castellano por Antonio de Herrera*. Burgos, Sebastián de Cañas, 1603, f. 144

⁶ Cristóbal de Villalón, *Ingeniosa comparación entre lo antiguo y lo presente (1539)*. Madrid, Sociedad de Bibliófilos españoles, 1898, p. 159.

⁷ D. De Frías, op.cit., f. 173 vº

⁸ Jerónimo Martínez de la Vega, *Solenes y grandes Fiestas, que la noble, i leal ciudad de Valencia a echo por la Beatificación de su santo Pastor, i Padre D. Tomás de Villanueva*. Valencia, 1620, p. 1.

pobres, haciendo a esta ciudad un traslado de su Roma”⁹. Estamos ante un ejercicio soberbio de fusión de la Roma papal con la Roma imperial trasladado a una ciudad española.

Todos sabían de antigüedades, no hay que buscar en los textos de Rodrigo Caro o en los círculos cortesanos. Fray Antonio de Guevara en 1543 reseñó la antigüedad de Sagunto mucho antes de que van den Wyngaerde la dibujara: “El sitio de la ciudad de Sagunto fue cuatro leguas de Valencia, a do es agora Monviedro... Siendo yo Inquisidor en Valencia fui muchas veces a Monviedro, así a visitar los cristianos como a bautizar los moros; y, vista la aspereza del lugar, la antigüedad de los muros, la grandeza del coliseo, la distancia hasta la mar, la soberbia de los edificios y la monstruosidad de los sepulcros, no hay quien no conozca ser Monviedro la que fue Sagunto, y la que fue Sagunto ser agora Monviedro”¹⁰

No es el caso extendernos aquí sobre los orígenes míticos y las relaciones con la Antigüedad que establecieron todos los que escribieron historias de ciudades en los siglos XVI y XVII¹¹. Sí tenemos que recordar, puesto que fue fundamental para una época que se reconoció en sus ciudades, ese anclaje en la historia, cuanto más remota mejor, sobre todo si míticas fundaciones a cargo de dioses, semidioses o personajes bíblicos, se conjugaban con unos restos romanos que constituían el nexo con la grandeza presente.

El adorno della limpieza

Lo que hoy llamaríamos infraestructuras u obras públicas y que entonces atañía a la llamada “policía” era también reseñable siempre. El término “policía” se refería al gobierno de la ciudad, su adorno y limpieza según Covarrubias. Por eso hubo “Juntas de policía” en ciudades como Madrid. De la alabanza de las obras públicas nos puede servir de ejemplo Lope de Vega quien en *El peregrino en su patria*, hace llegar a los protagonistas a “la noble ciudad de Valencia, entrando por su famosa puente del Real sobre el Turia... pasando por la famosa torre de Serranos”¹². Puentes, murallas, puertas y un buen río proporcionan una imagen admirable al viajero que llega a una ciudad. Por todo ello también Sevilla era casi única entre las ciudades españolas, y no sólo por su comercio con las Indias, sino por su belleza, a la que contribuían su alcázar y sus murallas, pero también sus “llanissimas calles, de casas muy principales y sumptuosos templos, sobervios

⁹ Gil González Dávila, *Teatro de las grandezas de la Villa de Madrid...* Madrid, 1623, pp. 422 y 423.

¹⁰ Fray Antonio de Guevara, *Libro primero de las epístolas familiares*. (1543) Ed. de José María de Cossío. Madrid, Aldus S.A. Artes gráficas, 1950, p. 39.

¹¹ Sobre esta cuestión se puede ver A. Cámara, “Historia y mito: la ciudad narrada en el Renacimiento español”. *IV Jornadas de Estudios e Investigaciones. “Imágenes, Palabras, Sonidos, Prácticas y Reflexiones”*. Instituto de Teoría e Historia del Arte Julio E. Payró. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2000, pp. 307-320.

¹² Citado en E.I. Deffis de Calvo, *Viajeros, peregrinos y enamorados. La novela española de peregrinación del siglo XVII*. Pamplona, Universidad de Navarra, 1999., p.64

edificios de sus Alcazares Torres y muros...¹³. La otra cara de la moneda de cómo se vivía en las ciudades de la época nos la da Fray Antonio de Guevara, que en carta al marqués de los Vélez desde Medina del Campo el 18 de julio de 1532 escribe, “A lo que decís, señor, desta villa de Medina que qué me parece, sé os decir que mi parecer es que ni tiene suelo ni cielo, porque el cielo está siempre cubierto de nubes y el suelo lleno de lodos, por manera que si los vecinos la llaman Medina del Campo, los cortesanos la llamamos Medina del Lodo”¹⁴.

Y si los empedrados de calles con desagües eran fundamentales para la vida en la ciudad, no lo eran menos los edificios destinados al abastecimiento urbano que debían ubicarse en los lugares más adecuados para proteger la salubridad de la urbe, principios de una renovación urbana conforme a la teoría gestada desde la baja Edad Media y codificada en el Renacimiento, Los corregidores fueron los protagonistas de todo este proceso de cambio. Sus funciones se detallan en la *Política para Corregidores* de Castillo de Bobadilla, libro clave para entender el funcionamiento de la ciudad en el mundo hispánico. Por eso hubo historiadores que quisieron hacer eternos los nombres de los corregidores al incluirlos en sus escritos. Si no supiéramos por los documentos de su responsabilidad en el funcionamiento de la ciudad, lo sabríamos por lo que leemos o por las inscripciones de los edificios. Francisco de Pisa nos informa que el Corregidor de Toledo Juan Gutiérrez Tello hizo “el rastro nuevo, donde se venden y matan los carneros, dos días cada semana”, bajo san Juan de los Reyes, al lado de las vistillas de san Agustín y cerca de la puerta del Cambrón y puente de san Martín, porque allí los aires del campo limpiaban el mal olor de las reses muertas. El mismo corregidor hizo la alhóndiga, donde se vendía el pan en grano, trigo y cebada, trasladándola desde donde estaba, junto al alcázar y hospital del cardenal, al arrabal junto a la ermita de san Leonardo, “no lexos de las puertas de la ciudad”¹⁵.

En esta época no cabe hablar de alumbrado público, y las luces nocturnas eran las que salían tenuemente de las viviendas, y a veces las que se colgaban en hachones de las fachadas de las casas principales. Eso sólo se daba en las mejores calles de la ciudad. Por ello Gil González Dávila, en la descripción que hace de Cuenca, escribe que en Cuenca, su “vista se haze más deleytosa en las noches del Verano con la multitud de luzes que se ven en aposentos y salas, que responden a

¹³ Alonso Morgado, *Historia de Sevilla, en la qual se contienen sus antigüedades, grandezas, y cosas memorables...* Sevilla, 1587, fol. 159vº

¹⁴ Fray Antonio de Guevara, *Libro primero de las epístolas familiares*. (1543) Ed. de José María de Cossio. Madrid, Aldus S.A. Artes gráficas, 1950, p. 119.

¹⁵ Francisco de Pisa, *Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo...* 1605, fol. 32, 33, 37 vº y 38. El nombre de este corregidor, Juan Gutiérrez Tello es muy recordado por Pisa, pero también lo es el de Miguel de Soria: En el Ayuntamiento, “De tiempo de Juan Gutiérrez Tello Corregidor quedó comenzada, y no acabada de labrar, una delantera muy soberbia, de piedra tosca, por la parte que cae a la plaça, con verjas de piedra torneadas: y debaxo deste lienço ay nueve casas”. “Ay una carcel real pública, a la parrochia de san Román, que fue reedificada y muy mejorada siendo Corregidor Juan Gutiérrez Tello”, y en la inscripción de la puerta aparece la fecha, 1575, y el nombre del corregidor. Al lado se añadió otra casa “para prisión de gente más honrada”, y en este caso la inscripción recuerda que se hizo en 1592 y se acabó el 17 de abril de 1593, siendo corregidor el Doctor Miguel de Soria de Herrera

las calles públicas”¹⁶. Lo cierto es que en esas ciudades oscuras y peligrosas por la noche, sólo con ocasión de las Fiestas la noche se convertía en día al decir de los cronistas, gracias a las luminarias que los vecinos debían poner en las ventanas. También fueron las Fiestas para entradas triunfales, de reliquias etc., las que transformaron calles y plazas en lo referente a empedrados, regularización de trazados, etc. Al respecto citamos el texto de un militar, más que nada por la rareza de la fuente, porque los textos al respecto son innumerables. Bernardino de Escalante nos narra que para el Auto de Fe que se iba a celebrar en Sevilla en 1604 “Disponía el Santo Oficio con mucho cuidado la Puente, Arenal y calles por donde vendrían los de la penitencia...”¹⁷.

El abastecimiento de agua a las ciudades, imprescindible para la vida urbana con sus fuentes públicas es un capítulo central en la historia del urbanismo de la época moderna. Las fuentes se convirtieron en ejes urbanos más o menos magnificados por la arquitectura y la escultura, e incluso en planos de ciudades americanas la presencia de las fuentes es señalada con la importancia debida, puesto que sin agua una ciudad no podía existir. De entre todas las obras hechas para que el agua llegara a una ciudad, hubo una recordada por excelencia, que fue el ingenio de Juanelo Turriano para subir el agua del Tajo a Toledo. Encontramos muchas referencias en la literatura, pero quizá una de las más explícitas de la fama literaria que mereció (la realidad quizá dijera otra cosa) fue la de Agustín de Rojas en *El viaje entretenido*, porque por esa obra “ingeniosísima y digna de eterna alabanza”, su autor “mereció igual gloria con aquel Arquímedes, de Siracusa”¹⁸. Por supuesto hubo otras obras públicas, de aquellas en las que debía intervenir el corregidor, que contribuyeron a la grandeza de una ciudad, por lo que nos encontramos sin ninguna sorpresa en el libro de Rodrigo Caro la celebración de los veinticuatro hospitales que tenía Sevilla¹⁹ en el siglo XVII.

Las plazas y el buen gobierno

La plaza regular, con unas proporciones perfectas, con fachadas uniformes, como las que aparecen en algunas vistas de ciudades ideales del Renacimiento, y que se traducen en el mundo hispánico en las trazadas en los virreinos americanos y en las plazas herederas de la de Valladolid, es un espacio generado por el progreso urbano del siglo XVI. Sin embargo, como recordaba Fray Luis de León, la plaza como nudo gordiano de la vida en las ciudades era inherente a la misma existencia de la ciudad que desde la Baja Edad Media ordenó la vida del hombre. Por eso escribe que “en las puertas de la ciudad eran antiguamente las

¹⁶ Gil González Dávila, op. cit., 1645, p. 431.

¹⁷ José Luis Casado Soto (ed.), *Discursos de Bernardino de Escalante al Rey y sus Ministros (1585-1605)* (Salamanca, 1995). p. 236

¹⁸ Agustín de Rojas, *El viaje entretenido*, (1604). Madrid, 1964, pp. 307 y 308.

¹⁹ Rodrigo Caro, *Antigüedades y principado de la Ilustrísima ciudad de Sevilla*. Sevilla, 1634, f. 63.

plazas, y en las plazas estaban los tribunales y asientos de los jueces y de los que se juntaban para consultar sobre el buen gobierno y regimiento del pueblo”²⁰. Así era en muchas ciudades españolas, que se limitaron a partir del siglo XVI a renovar esas plazas ya existentes mientras en las ciudades fundadas en América la plaza ocupó un lugar central en la ciudad, manteniendo siempre las funciones a las que aludía Fray Luis de León en lo referente a ser el lugar de las instituciones de gobierno de la ciudad.

Las plazas mayores conservaron esa función de mercado que la justicia debía controlar. Así, de la plaza de Zocodover, en Toledo, nos cuenta Francisco de Pisa que había “una audiencia pequeña, la qual porque no estava con la autoridad que convenía, la mandó reedificar Juan Gutiérrez Tello Corregidor... Los días de mercado se sientan en esta audiencia los fieles ejecutores, a proveer como se repartan y vendan con justificación, los mantenimientos que entran en esta ciudad... ay una capilla en alto, que es de los cofrades de la preciosa Sangre, en la qual se acostumbra a decir Missa, para que no queden sin oyrla los que están ocupados en vender: los quales por el tiempo que la Missa se dize, cessan del negociar”²¹. También en la plaza mayor de esta ciudad, reformada en 1592 y dedicada al mercado de pan, frutas, pesca, carne o caza “ay una sala en baxo con dos ventanas de rexa a la plaça, donde asisten los Regidores que son fieles, para que a ninguno se haga agravio en el vender y comprar los mantenimientos. Y en lo alto desta casa ay una capilla, con sus ventanas o puertas a la plaça, semejante a la que está en Zocodover, para que desde abaxo puedan oír Missa los que están ocupados en comprar y vender”²². Son espacios urbanos perfectamente delimitados y admirados por su arquitectura, pero no lo fueron menos por el control de la justicia o por la sacralización de esa actividad comercial, además de ser el lugar por excelencia para las celebraciones festivas, que a veces se limitaban a una de las plazas de la ciudad, como sucedió con la de Bibarrambla en Granada, que en 1638 era “la que sirve de teatro a las fiestas”²³. Gil González Dávila nos cuenta de plaza mayor de Valladolid que era lugar de fiestas y de mercado, “uno de los edificios más costosos, y ricos que tiene el Reyno de España. En su alderredor (sic) están muchas casas de mercaderes, y oficiales, que passan de quinientas, con más de dos mil ventanas, sin terrados y miradores. En ella se corren toros, y se celebran regocijos públicos...”, y nos informa que en las fiestas tiene capacidad para acoger a treinta mil personas²⁴.

Muchos años antes, hacia 1579, Damasio de Frías había descrito Valladolid como una ciudad con muchas plazas, “las quales en los pueblos son lo mismo que

²⁰ Fray Luis de León, *La perfecta casada* (1583). Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1991, p.329

²¹ Francisco de Pisa, *Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo...* 1605, fol. 31

²² Francisco de Pisa, *Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo...* 1605, fol. 31

²³ Francisco Bermúdez de Pedraza, *Historia eclesiástica. Principios y progressos de la ciudad, y religión católica de Granada*. Granada, 1638, f. 32

²⁴ Gil González Dávila, *Teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas y catedrales de los Reynos de las dos Castillas*. Madrid, 1645, p. 603

pospatios en las casas pues en ellas unos saliendo de la apretura y estrecho de las calles parece que descansa la vista y se ensancha”, palabras que nos remiten a la idea albertiana de la casa como pequeña ciudad y de la ciudad como gran casa, con ese elemento común en muchas de sus funciones que puede llamarse patio o plaza. De la plaza mayor escribe que “es tal que extranjeros y naturales, Italianos, Flamencos, Franceses, Alemanes, finalmente quantos el nuevo edificio ven, que serán como ochocientas casas, dicen que es sin duda el más vistoso pedazo de edificio que se sabe en el mundo, porque señor todo él es cordel todo a una altura, todo de ladrillo, las puertas todas de un tamaño, que son catorze pies de alto...”²⁵. La admiración estaba justificada por la novedad de la concepción espacial y la uniformidad de la construcción. Y por supuesto, lo que se había hecho con la plaza era un teatro, porque era “tal y tan hermosa, que jamás se vio teatro qual ella”²⁶. Hay que señalar que tanto en la descripción de Frías como en de González Dávila, la plaza es llamada “edificio”. Una “fábrica”, que es con lo que identifica Covarrubias “edificio”, que se percibió como lo que era, un todo único, fruto de una sola idea y un solo proyecto.

Los edificios, nuevos o viejos

Para Cristóbal de Villalón, en 1539, los edificios nuevos construidos en España superaban a los de la antigüedad, ya fuera egipcia o romana, porque “¿qué Menphis o qué Pirámides se pueden comparar con el monasterio y colesio de sant Pablo aquí en Valladolid?... Los Católicos Reyes fundaron en Compostela una casa para peregrinos que excede aquel antiguo Dionisio de Rodas... (la catedral de Salamanca) de continuo que la veo me parece que queda muy atrás el templo que los antiguos nos pintan que fue de Apolo en Delphos, o aquel que engrandecen los historiadores dedicado a Diana en Epheso”²⁷.

Cuando Agustín de Rojas en el *Viaje entretenido* describía la Alhambra utilizaba calificativos como el de “peregrino”²⁸ en el sentido de “cosa peregrina, cosa rara” que definió Covarrubias. La fascinación por lo peregrino o raro ha sido muy estudiado en el coleccionismo de los siglos XVI y XVII, pero no en la ciudad y en la percepción de los

²⁵ Damasio de Frías, “Diálogo en alabanza de Valladolid”. En *Diálogos de diferentes materias*, c. 1579, Fol. 178vº y 179. BNE, Ms. 1172. La descripción continúa así: “cada casa tres órdenes... las primeras puertas ventanas con sus medias rejas todas, la segunda orden es de ventanas la tercia parte menores, la tercera es más desminuyda que vienen con las primeras en proporción doblada, van sobre todos los tejados levantadas unas açoteas con una mesma igualdad de mucha hermosura y servicio... corren estos portales por toda la hazera y cerería, por los guarnicioneros, y especería, que por el número de las columnas, que pasan de trezientas y tantas entendereis lo que ocupan los portales, haviendo entre columna y columna en la que menos espacio diez pies, en otras a catorze, según el suelo de la casa”

²⁶ Idem, f. 179.

²⁷ C.de Villalón, op.cit., pp. 172.173.

²⁸ Agustín de Rojas, *El viaje entretenido*. Libro II (1604). Ed. de Madrid, 1964, pp. 191, 192 y 196. “Aquel cuarto de los Leones es cosa peregrina... la gran arquitectura del cuarto de Comares y sus peregrinas labores...”

edificios ajenos a la propia cultura. Con esto lo que queremos señalar es que todo se integró, sin reservas de ningún tipo, en la exaltación de una ciudad. Podía ser un edificio “arábigo” como califica Rojas a la Alhambra, o uno medieval, ninguno desmerecía frente a esa mitificada antigüedad clásica.

Muchas veces fueron las catedrales los edificios más admirados por los escritores. Francisco Cascales nos ofrece un rendido elogio de la catedral de Murcia, de “labor hermosa, y fuerte, soberbias naves...”, que tiene un “riquísimo retablo de imaginería” y entre otras riquezas, la capilla de los Vélez “digna de ser visitada de curiosos, y linceos ojos”²⁹. También la catedral de Málaga era lo más destacado en la imagen de esa ciudad que nos proporciona Vicente Espinel. Viendo la ciudad desde un alto, sintió “la fragancia que traía el viento... que me pareció ver un pedazo de paraíso... con la vista del sitio y edificios, así de casas particulares como de templos excelentísimos, especialmente la iglesia mayor, que no se conoce más alegre templo en todo lo descubierto”³⁰. En Sevilla, Rincón y Cortado quedaron admirados de “la grandeza y suntuosidad de su mayor iglesia”, además por supuesto del “gran concurso de gente del río, porque era en tiempo de cargazón de flota”³¹.

Ciudad y naturaleza

Una de las alabanzas que más se repiten en la literatura cuando se describe una ciudad es la de que tenga huertas y casas de recreación en sus alrededores, o frondosos jardines y paseos arbolados en su interior. Eso si hablamos de la ciudad real, pero si es una ciudad imaginada todo es posible, hasta que bosques, selvas, jardines y el mar formen parte de la ciudad, tal como aparece en la ciudad descrita por Mariana de Carvajal.: “Tenía Ludovico a doce leguas de su Corte una bien fabricada ciudad, en tan ameno sitio que la podemos llamar hermoso pensil de la Naturaleza, pues era un abreviado paraíso: tenía frondosos y espesos bosques poblados de mucha caza, así de monte como de volatería, y aparte dilatados sotos en que apacentar los ganados, espaciosa selvas, y como en testera, que la señoreaba toda, una fortaleza o castillo que servía de real palacio... Cercábala por la una parte un caudaloso río, piélago tan profundo que le daban nombre de brazo de mar... Preciábanse de tener en las casas pintados jardines con varias flores, árboles frutíferos; labrábanlos a tapia baja, guarnecidos y cercados de gruesos

²⁹ Francisco Cascales, *Al buen genio encomienda sus Discursos Históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia...* Murcia, Luis beros, 1622, f. 267 vº.

³⁰ Vicente Espinel, *Vida de Marcos de Obregón* (1618). Madrid, Espasa Calpe, 1972, p. 94.

³¹ Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares* (1613). *Rinconete y Cortadillo*. Ed. de Madrid, Espasa Calpe, 1980, p. 76.

encañados, de suerte que se gozaba desde afuera de su amena vista, en particular todos los que vivían a la parte del mar”³².

Y si no era el mar, eran los ríos los que hacían grande a una ciudad, como Toledo, con “el nunca suficientemente alabado Tajo, incansable rondador de su belleza”³³, o como en Zaragoza, bañada por “el río Ebro, y otros quatro, tan útiles y frutíferos, que se dize en aquel Reyno, que uno lleva vino, otro trigo, otro azeyte y otro fruta... “. A esto se añadía que “Adornan sus salidas muchas casas de plazer, arboledas, y espaciosas vegas”³⁴. Las fronteras entre ciudad y naturaleza, que en la ciudad real era una naturaleza dominada por el hombre y no selvática, no estaban nada claras para los literatos del siglo de oro, pese a las murallas que circundaron a muchas ciudades. La naturaleza crecía dentro, pero con mayor libertad fuera de esas murallas y puertas en forma de casas de campo o de plazer, y eso siempre fue señalado. Toledo tenía “fuera de los muros gran abundancia de huertas, jardines, cigarrales, arboledas y casas de campo, donde se halla todo género de árboles, frutales, hortalizas, y flores, que demas del provecho que dan para el sustento, sirven de recreación, entretenimiento, y salud. El río Tajo, como se ha dicho, con su curso y rodeo alegra la ciudad, y la enriquece de mantenimientos”³⁵

Valladolid no le iba a la zaga ni a Zaragoza ni a Toledo, y así, mucho antes de ser residencia de la corte, ya tenía “en esta Ribera toda en espacio de media legua de una y otra parte de la puente río abaxo y río arriba tantas huertas con sus casas de plazer, que cierto es cosa de maravillosos contento a la vista, y no he visto yo lexos, ni frescuras en lienços de flandes pintados, tan hermosas, como parecen vistas de algún alto, estas huertas y casas, en cada una de las cuales se puede aposentar qualquiera señor, con mucha comodidad”³⁶. En la calle del Darro en Granada cuarenta alcaides moros tenían “cuarenta casas de gran recreación y

³² Mariana de Carvajal y Saavedra, *Navidades de Madrid y noches entretenidas, en ocho novelas* (1663). Ed. de Catherine Soriano, Madrid, Comunidad de Madrid, 1993, p. 187-188

³³ Tirso de Molina, *Cigarrales de Toledo*, (1621). Madrid, Espasa Calpe, 1968, p. 15.

³⁴ Gil González Dávila, *Teatro de las grandezas de la Villa de Madrid...* Madrid, 1623, pp. 422.

³⁵ Francisco de Pisa, *Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo...* 1605, fol. 26. ... La descripción sigue: “la principal huerta es la que llaman del Rey, que en medio tiene los palacios o vaños llamados de Galiana. Al Occidente a la orilla o ribera de Tajo ay otras mil huertas, desde santa Leocadia la de fuera, con el vergel del secretario Vargas, y de las callejuelas, hasta S.Pedro el verde, y la huerta que llaman del Capiscol. Ni más ni menos a la parte de medio día, ay muchas casas de plazer, en que se crían árboles, viñas, y flores, mayormente en lugares altos, saliendo de la puente de san Martín, a la parte de Valdecolomba, y por el otro camino que va a san Bernardo, y Corralrubio, que se llaman cigarrales, o pizarrales cercados: y entre estos el muy famoso y rico cigarral del Cardenal don Gaspar de Quiroga, que al presente es del Rey nuestro señor. A la parte contraria es entre otras, la huerta famosa llamada de Laytique, que es del Deán y Cabildo de la santa iglesia: y en los sotos a la ribera del río, aunque más lexos de la ciudad, el uno que se dize el soto del Lobo, saliendo por la puerta de Visagra, y otro del Cardete, por la puente de Alcántara, a los tejares: que bolviendo en retorno o rodeo, vienen casi a confinar el uno con el otro”

³⁶ Damasio de Frías, “Diálogo en alabança de Valladolid”. En *Diálogos de diferentes materias*, c. 1579, Fols. 178 y 178 vº. Las que cita son: “principalmente en la huerta de doña María de Mendoza, de doña Beatriz de Noroña, del Abbad de Valladolid, del Marqués de Tavera, de Luis Sosteni, de la Condesa de Lemos, la del Almirante de Castilla, la del Marqués de Fromesta, la de la Condesa de Salinas, de Gonçalo de Portillo, de don Juan de Granada, finalmente ninguna señor que son muchas dexa de tener muy cómoda y bastante habitación para su dueño”

deleyte... eran los ayres deste río tan saludables, que convalecían con ellos los enfermos desahuziados de remedio... esta es la razón de estar oy tan poblada sus riberas de jardines y casas de plazer, y de labrar los Moros sobre este río la casa real de Generalife”³⁷

Y Sevilla tenía “todo el año el vicio y frescura de sus arboledas y verdes riberas”³⁸, porque los escritores que hablan de la ciudad no se olvidan de los ciudadanos que no tienen huertas ni casas de placer, para los cuales las “vistas” o “vistillas” desde las que cada hijo de vecino podía disfrutar de la naturaleza en la ciudad son otro de los lugares comunes en las alabanzas de ciudades como Toledo, donde las vistillas de san Agustín permitían al “común de la gente... desenfadarse, y gozar de los frescos ayres por las noches y mañanas del verano, y del sol en invierno”³⁹. Era lo mismo que podían disfrutar los habitantes de Madrid desde las vistillas, que todavía hoy conservan ese nombre, porque ofrecían “a la vista agradable recreación” desde la “atalaya” que eran sobre el río⁴⁰. Como sentenciaba Cervantes, “las florestas, las alamedas y las vistas de recreación” eran tan necesarias en la república como los autores de comedias, todo lo cual eran “cosas que honestamente recrean”⁴¹

Los ciudadanos

Baltasar Gracián medía la atracción de las ciudades sobre todo por sus habitantes, y si en Salamanca “no tanto se trata de hacer personas cuanto letrados”, Barcelona era “centro de sabios, modelo de honestidad”⁴². Una novelista como María de Zayas abunda en la idea, y así, Vitoria era famosa no sólo “por su hermosura, amenidad y grandeza”, sino también “por la nobleza que en sí cría” y Segovia estaba “tan adornada de edificios, como de grandeza de caballeros, y enriquecida de mercaderes, que con sus tratos extienden sus nombres hasta las más remotas provincias de Italia”. Uno de sus personajes, que salió de España para ir a Sicilia se quedó en Nápoles un tiempo atrapado por la belleza de esa ciudad, llena de “nobles ciudadanos y gallardos edificios, coronados de jardines y adornados de cristalinas fuentes, hermosas damas y gallardos caballeros...” . Y en Toledo, los “nobles caballeros y hermosas damas” contribuían a hacer de esa ciudad “el mayor milagro de naturaleza y el más insigne blasón de España, pues merece el nombre de otava

³⁷ Francisco Bermúdez de Pedraza, *Historia eclesiástica. Principios y progresos de la ciudad, y religión católica de Granada...* Granada, 1638, fol. 33vº

³⁸ Alonso Morgado, *Historia de Sevilla, en la qual se contienen sus antigüedades, grandezas, y cosas memorables...* Sevilla, 1587, fol. 159vº y 160.

³⁹ F. de Pisa, op.cit. 1605, f.24 vº

⁴⁰ Jerónimo de la Quintana, *A la muy antigua, noble y coronada villa de Madrid. Historia de su antigüedad, nobleza y grandeza* Madrid, 1629, f. 373 vº

⁴¹ Miguel de Cervantes, *Novelas ejemplares* (1613). *El licenciado Vidriera..* Ed. de Madrid, Espasa Calpe, 1980

⁴² Baltasar Gracián, *El Criticón*. Primera parte (1651), ed. de Madrid, 1975, p.92.

maravilla más que otra en el mundo”. Son ciudades en las que, como Salamanca, “la nobleza compite con la hermosura”⁴³. Una de las maravillas de Valencia, “de tan celebrado asiento” fue la belleza de Estela, una de las protagonistas de sus novelas⁴³, y así podríamos seguir recorriendo páginas y autores en busca del mismo argumento de grandeza ciudadana basada en sus vecinos.

Madrid, villa y corte, no podía quedar fuera de esos panegíricos, así que María de Zayas la convierte en escenario del nacimiento de Laurela: “En la Babilonia de España; en la nueva maravilla de Europa; en la madre de la nobleza; en el jardín de los divinos entendimientos; en el amparo de todas las naciones; en la progenitora de la belleza; en el retrato de la gloria; en el archivo de todas las gracias; en la escuela de las ciencias; en el cielo tan parecido a Cielo, que es locura dejarle si no es para irse al Cielo, y, para decirlo todo de una vez, en la ilustre villa de Madrid, Babilonia, madre, maravilla, jardín, archivo, escuela, progenitora, retrato y cielo (en fin, retiro de todas las grandezas del mundo), nació la hermosísima Laurela”⁴⁴.

Hemos de reconocer que el caso de Madrid, “laberinto de la corte”, que nunca pudo perder “los resabios de villa y el ser una Babilonia de naciones no bien alojadas” que decía Gracián⁴⁵, es peculiar, porque sus panegiristas hicieron muchas veces de la necesidad virtud, y juegan mucho con la ambivalencia. Gracián lo expresa a la perfección, cuando pone a sus tres personajes, Andrenio, Critilo y el Sabio a describir la villa cuando llegan a ella: para Andrenio es “una real madre de tantas naciones, una corona de dos mundos, un cetro de tantos reinos, un joyel de entrambas Indias, un nido del mismo Fénix y una esfera del Sol católico”; para Critilo era en cambio “una Babilonia de confusiones, una Lutecia de inmundicias, una Roma de mutaciones, un Palermo de volcanes, una Constantinopla de nieblas, un Londres de pestilencias y un Argel de cautiverios”, así que todo lo malo de cada una de las grandes ciudades de la época se juntaba en Madrid. El Sabio veía a Madrid como “madre de todo lo bueno, mirada por una parte, y madrastra por la otra... pues los que vienen a ella nunca traen lo bueno, sino lo malo, de sus patrias”, razón por la cual no entra en Madrid despidiéndose de sus compañeros⁴⁶. Los contrastes de Madrid, basados en sus habitantes y en la vida que en ella se hacía y no en sus plazas o edificios, es lo que define a la villa y corte en muchos de los textos de los escritores del siglo de oro, como este de Gracián.

Y para finalizar, si Madrid no tenía más que un río fácil de ridiculizar al compararlo con los de las grandes ciudades españolas o europeas, tenía en cambio un puente para ese río que era admiración de todos, a la vez que objeto de mofa por comparación al río. Lope de Vega proponía que se llevaran el puente a Sevilla,

⁴³ María de Zayas y Sotomayor, *Novelas Amorosas y Ejemplares*. (1637), Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2001, pp. 69, 180, 199, 225, 297

⁴⁴ María de Zayas y Sotomayor, *Desengaños amorosos*. (1647), Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2001, p. 577.

⁴⁵ Baltasar Gracián, *El Criticón*. Primera parte (1651), ed. de Madrid, 1975, p.92 y 93

⁴⁶ Idem, pp. 105 y 106.

o que trajeran a Madrid otro río⁴⁷, porque la desproporción en la grandeza de uno y otro se acentuaba al verlos juntos. Además Madrid tenía un caserío muy poco monumental, aunque Lope de Vega imaginara para la posteridad que “edificios de Madrid / tras sí los ojos se llevan,/ porque son como unas joyas/ con tal valor y belleza...”⁴⁸. Como dijimos al principio, bastaba seleccionar lo más bello de cada ciudad para convertirla en objeto de admiración conforme a las pautas del urbanismo clásico. Algo tan negativo como la muchedumbre, que llevó a Madrid a ser comparada innumerables veces con Babilonia y por supuesto con Nápoles, acabó por no ser un defecto para convertirse en cambio en una de sus grandezas, por obra y gracia de los escritores que la retrataron. Un ejemplo más de hasta qué punto la literatura manipuló la imagen de las ciudades españolas aproximándolas a modelos ideales sólo fragmentariamente conseguidos en algunas de ellas. Bastó con seleccionar esos fragmentos urbanos y ver con otra mirada los posibles defectos en casos como el de Madrid.

⁴⁷ Lope de Vega, *Rimas humanas y divinas*. En José del Campo, *Lope y Madrid*. Madrid, Artes gráficas municipales, 1935, pp. 43, 44

⁴⁸ Lope de Vega, *Sembrar en buena tierra*. En idem, p. 42.